

despreciar los juicios de un mundo, cuyos placeres habeis ya despreciado, y no hagais á la grandeza de Dios el agravio de temerle menos que al mundo; á vuestro entendimiento, el de hacer caso de los juicios del mundo; y finalmente, á la virtud, la injusticia de creer que siempre es despreciada en el mundo. Y Vos, ¡ó Dios mio! acabad de iluminar á estas almas flacas que empiezan á conoceros; fortaleced su voluntad tímida y cobarde; triunfad nuevamente del mundo en su corazon; enseñadlas que solamente vuestros juicios deben temerse; que el desprecio y las censuras de los hombres no sirven mas que de dar nuevo esplendor, y añadir nuevo mérito á las acciones que aprueba vuestra sabiduría; y que las obras de piedad, siendo dones vuestros, no pueden tener otra justa recompensa sino á Vos mismo. Amen.



SERMON
PARA EL MIERCOLES
DE LA SEGUNDA SEMANA
DE QUARESMA.
SOBRE LA VOCACION.

Tunc accessit ad Jesum Mater filiorum Zebedæi cum filiis suis, & ait illi: Dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, & unus ad sinistram in regno tuo.

Entonces la Madre de los hijos del Zebedéo se acercó á Jesus con sus dos hijos, y le dixo: Mandad que estos dos hijos míos se sienten en vuestro reyno, uno á vuestra derecha, y otro á vuestra izquierda.
Matth. 20. v. 20. 21.

¡**Q**Ué pocas veces sucede, Católicos, que la naturaleza convenga con la gracia, y que los fines de la fé sirvan de regla á los proyectos y deseos de un amor absolutamente humano! Esta Madre solamente pide para sus hijos una gloria y una grandeza temporal; sus deseos de verlos unidos á Jesu-Christo no eran mas que por las esperanzas de que algun dia ocupasen los primeros puestos

tos de un reyno terrestre; los dispone destino á medida de su gusto, sin atender á si los Divinos decretos son conformes á la temeridad de sus esperanzas; no consulta mas que á los excesos de su maternal amor; y sin reflexionar si la elevacion en que quiere colocar á sus hijos es el estado que Jesu-Christo les tiene preparado, los ensalza, y quiere sentarlos por sus propias manos sobre unos tronos imaginarios, y usurpa los derechos de Dios, que es el único árbitro de la suerte de los hombres.

Sí, Católicos, solamente Dios que vé nuestros corazones, y que desde el principio ha señalado el camino por donde quiere conducirnos es quien puede inspirarnos la eleccion; á él solo pertenece llamarnos al estado en que nos ha preparado en sus eternos consejos los medios para nuestra salvacion; á él solo debemos consultar en un negocio, en que él solo nos puede iluminar y guiar: Las costumbres, las pasiones, las circunstancias de la riqueza, del puesto, del nacimiento, que son las que regularmente tienen mas parte en la eleccion de estado, son unas guías falaces, que casi siempre son causa de que nos engañemos; y como el engaño en esta materia es el mas irreparable de todos, os quiero manifestar hoy las reglas de la fé en un punto tan importante de la Doctrina Christiana.

Es verdad que la mayor parte de los que me oyen ya han hecho eleccion de estado, por lo que no les es permitido elegir otro nuevo; pero me parece que no será inutil el manifestarlos en el defecto de la vocacion la primera raiz de sus infidelidades á las obligaciones de su estado, ó para que enmienden con abundantes lágrimas la imprudencia de su eleccion, ó para que respetando el orden de Dios en los diversos caminos que ha señalado á los hombres, no se hagan árbitros de la suerte de sus
hi-

hijos, porque ésta está en las manos de el Señor.

Este, pues, es todo el asunto de mi discurso. La eleccion de estado es entre todas las circunstancias de la vida, en la que con mas frecuencia se introduce el engaño. La eleccion de estado es entre todas las circunstancias de la vida, en la que mas debe temerse el engaño. Lo raro de una vocacion verdadera, y los peligros de una vocacion falsa son los puntos en que pretendo instruiros. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

LA santidad es la general vocacion de todos los Fieles; y el Señor nos ha llamado á todos, hablando con el Apostol, para que seamos santos y puros en su presencia. No obstante, el camino para llegar á este feliz término no es uno mismo respecto de todos los hombres; esta vida es una tierra estraña, en donde hay diferentes é infinitas sendas, por las que caminamos todos nosotros como pasajeros ácia la celestial patria; pero no podemos caminar con seguridad, sino quando la mano de Dios nos ha colocado en ellas.

Y á la verdad, Católicos, la razon, y la fé nos prohiben igualmente el pensar que el Señor despues de habernos llamado á la luz del Evangelio, haciendonos nacer de padres fieles, no ha querido mezclarse, por decirlo así, en nuestra suerte; y que sin determinar cosa alguna en orden al genero de vida, y al estado en que queria que obrasemos nuestra salvacion, nos ha dexado de tal modo en manos de nuestro consejo, que haya fiado unicamente á nuestro capricho una eleccion tan decisiva para nuestra eternidad.

Dixe primeramente, que es contra la razon; porque esto sería figurarnos, como aquellos locos Philosophos, una
Di-

Divinidad insensible, que dexa á el acaso y á la ventura el cuidado de las cosas de la tierra; que no tiene en sus manos las suertes de los hombres, que sigue el curso de las revoluciones humanas, sin darlas ella misma el movimiento; que se dexa llevar del impulso casual y fortuito; que mueve á este grande Universo, sin gobernarle ni guiarle; y que mas es esclava, que gobernadora de los sucesos: Sería quitarla aquella atenta providencia, y aquella universal sabiduría que dispone de todo desde el uno hasta el otro extremo de la tierra, con peso, con numero, y con medida; que forma aquella harmonía, y aquel orden admirable, en el que es preciso conocer un sér supremo é intelectual, que por unos inexplicables caminos lleva todas las cosas á su fin. Sería, en una palabra, ó darnos un Universo de hombres sin Dios, ó un Dios mas flaco y despreciable que el hombre.

Dixe en segundo lugar, que es contra la fé; porque la eleccion de los justos no es mas que la eterna disposicion de los medios que deben infaliblemente libertarlos; y siendo el principal de estos la eleccion de estado, debió sin duda incluirse en aquella voluntad misericordiosa, que les ha preparado los caminos seguros para la salvacion; y por otra parte, debiendo tambien servir la suerte de los malos, en los designios de Dios, para mil secretos fines en orden á la salud eterna de los justos, debió tambien entrar en el plan eterno de su justificacion, y ser igualmente decretada desde el principio, como la misma suerte de los escogidos. Es pues indubitable, que antes que naciesemos habia señalado el Señor para cada uno de nosotros el plan de nuestras suertes, y el camino de nuestra eternidad, por decirlo así; que entre los muchos caminos que forman las diversas condiciones de la sociedad, no hay mas que uno para nosotros, y que aquel es por donde Dios quiere salvarnos.

No

No obstante lo cierto de estas verdades, es indubitable que las mas veces no es el camino que nosotros nos escogemos el que Dios nos habia preparado desde el principio, y que entre todas las circunstancias de la vida, en ninguna es el engaño mas frecuente que en la eleccion de estado. Vosotros, Católicos, sereis de este mismo dictamen, si quereis considerar la naturaleza de esta eleccion, y las esenciales circunstancias que deben acompañarla. Primeramente, las pasiones y la preocupacion hacen que en este punto sean mas frecuentes los engaños, y nunca pueden ser excesivas la circunspeccion y madurez en este particular. En segundo lugar, esta eleccion depende de los fines de Dios para con nosotros, y así no debe decidir de ella el orden de la naturaleza. En tercer lugar, tambien depende de ella la felicidad y descanso de nuestra vida, y así es preciso atender en esta eleccion á nuestro gusto, mas que al ageno, y nunca contar con el respeto humano. Finalmente, es el unico camino que nos guia á la salvacion, y así el principal cuidado de esta eleccion deben ser las felicidades y provechos que nos pueden resultar en orden á nuestros eternos intereses. Ahora bien, Católicos, ¿dónde están los que en la eleccion de estado observan todas estas condiciones? Pues inferid qué engaños no habrá en ella. La inconsideracion, la costumbre, el respeto humano, y la concupiscencia son el peso que hace inclinar la balanza en los diversos destinos de los hombres; y si queremos registrar los primeros fines que decidieron de nuestra vocacion, acaso no habrá entre los presentes quien no halle su principio en alguna de estas venenosas raíces.

Y primeramente, Católicos, ¿hay asunto en toda nuestra vida en que se necesite de mas madurez, de mas cuidado, de mas atencion, que en esta eleccion de que hablamos? ¿Qué conocimiento no debe

Tomo IV.

N

te-

tener uno de sí mismo, para que las inclinaciones no desapruében despues la resolución? ¿Qué continuas y fervorosas oraciones no debieran preceder á esta grande accion, para que el Señor se dignase manifestarnos sus caminos? ¿Con qué inocencia de costumbres no debieramos prepararnos para inclinar al cielo con estas santas primicias de nuestra vida, á que él mismo nos colocase en aquel camino en que unicamente podemos concluir con felicidad nuestra carrera?

No obstante, esta eleccion suele hacerse en una edad, en la que apenas se halla la razon capáz de conocer, y por consiguiente mucho menor de elegir: Un punto en que la mas atenta circunspeccion debiera temer el engañarse, siempre es obra de las diversiones y de los gustos pueriles de la infancia; apenas empezamos á formar las primeras voces, quando ya determinamos el negocio mas serio de la vida; y las irrevocables palabras que deciden nuestra suerte, son las primeras que nos enseñan á formar, aun antes que hayamos aprendido á entenderlas; acostumbran anticipadamente á nuestro tierno entendimiento á estas ideas que le sugieren, y la eleccion de estado no es mas que una impresion recibida desde la niñez; y asi antes que se manifiesten nuestras inclinaciones, y que sepamos lo que somos, entramos en unas obligaciones eternas, y determinamos lo que hemos de ser para siempre.

Y aun quando se espere á una edad mas madura para elegir estado, tampoco son mas serios los cuidados que en esto se ponen, sino que regularmente la ocasion, ó la casualidad deciden de la eleccion. Una Sagrada Dignidad que no esperabamos, nos despoja inmediatamente de la ignominia del siglo, y nos coloca en el lugar santo. La muerte de un hermano mayor muda nuestros intentos, y nos vuelve al mundo que acababamos de dexar, y nuestra vocacion para el Altar espira á proporcion que vemos renacer nuevas esperanzas en la tierra: Un

enfado es muchas veces todo el motivo de apartarnos repentinamente del mundo, y de precipitarnos en el retiro: Una conexión de amistad nos hace seguir la fortuna y la suerte de un amigo; finalmente, entre todas las elecciones ninguna hay en que tenga menos parte la prudencia christiana que en la del estado, y por eso no hay alguna en que sean mas freqüentes los engaños. Porque ¿cómo no quereis engañaros en una eleccion tan grave y decisiva, quando en ella os valeis de menos precauciones, que en las acciones de menos importancia de vuestra vida? ¿Y cómo habeis de conocer los designios de Dios en orden á vuestra suerte, si no os dignais de consultarle, ni contaís con su Magestad en la que os formais á vosotros mismos?

Y en esto, Católicos, vosotros á quienes Dios ha constituido cabezas de vuestras familias, en esto no tenéis excusa: ¿Enseñais á vuestros hijos á que desde su tierna edad hagan al Señor aquella oracion del Profeta: Señor, enseñadme vuestros caminos, y manifestadme las sendas por donde me quereis guiar? (a) ¿Pedís al Cielo continuamente que se explique en orden á su destino? ¿Decís al Señor, como en otro tiempo los Apostoles, Señor, Vos que conoceis el corazon de todos los hombres, manifestadnos qual de estos hijos habeis elegido? Ostende quem elegeris. (b) ¿Haceis que su tierno entendimiento se dedique á contemplar lo importante de esta eleccion? ¿Les dais suficientemente á conocer que de ella depende su salud eterna, y que nunca pueden ser demasiadas las precauciones en un asunto en que son irreparables las faltas? ¿Les enseñais á que juzguen de la vocacion del cielo, no por las locas costumbres del mundo, sino por las reglas de la fé, por aquella incli-

(a) Psalm. 24. v. 4.

(b) Act. 1. v. 24.

nacion á cierto estado, que nace con nosotros mismos, y que parece nos la imprimió el autor de la naturaleza; por los talentos que parece nos destinan á él; por las impresiones de la gracia que no cesa de aficionarnos á él secretamente; por la pureza de los motivos que nos determinan á abrazarle; por la naturaleza de nuestras inclinaciones, que nos minoran en él los peligros; y finalmente por el consejo de aquellos á quienes confiamos nuestra conciencia, y que conociendo lo íntimo de nuestra alma, se hallan con mas proporcion para poder conocer los caminos que nos convienen? ¿Qué Padres hay que se ocupen en unos cuidados tan christianos é indispensables? ¡Ah! Antes procuran no dar á sus hijos unas instrucciones de las que les pesaria que se aprovecharan: procurarán apartarlos de los lugares y de las personas donde pudieran recibirlas; siempre les están exágerando los inconvenientes del estado que se opone á los intereses de su casa, y ponderando las utilidades y contentos de aquel á que los destinan; y solamente se valen de sus pasiones para inspirarlos una eleccion que les debiera servir para vencerlas.

Segunda raíz de nuestros engaños en la eleccion de estado: Esta eleccion que unicamente depende de los fines de Dios para con nosotros, por lo comun solamente es obra de la naturaleza. No se atiende á otra señal de vocacion mas que á la clase del nacimiento, ó al estado de la fortuna: Nos persuadimos á que en estos sucesos, puramente humanos, ha delineado Dios el plan de nuestro eterno destino: Que el ser primogenito de una familia, es lo mismo que haber sido escogido del cielo para suceder en los títulos y dignidades de nuestros mayores; que el ser el segundo de la casa de nuestros Padres, es un derecho que nos abre la puerta de la de el Señor; y que un nacimiento muy ilustre con una mediana fortuna, es una precision inevitable de escoger á Jesu-Christo por su Esposo.

Con-

Confieso que la Divina Sabiduría se vale algunas veces de estas señales humanas para manifestarnos desde lejos, y cumplir en nosotros los fines de su misericordia: que las circunstancias del nacimiento, del nombre, de la fortuna, pueden ser medios adorables que nos preparó su bondad desde el principio de los siglos para facilitarnos la eleccion del estado á que nos destina, y que muchas veces nuestra situacion temporal es la primera gracia que nos dispone para la eternidad; pero esta regla no es segura ni universal: Muchas veces un Jacob es llamado á las bendiciones de la primogenitura, al mismo tiempo que á Esau se le destina la menor parte: Muchas veces un David, ultimo de su familia, es unguido con la uncion santa, y declarado Rey de Israel, al mismo tiempo que sus hermanos, con prendas mas estimables á los ojos del mundo, quedan en una condicion obscura y privada: Muchas veces un Aarón, no obstante su mayor edad, es llamado al Sacerdocio, y Moyses su hermano menor, es declarado del cielo por Gefe de los Exercitos del Señor. ¡Ah! ¿qué conexiõn puede tener la vocacion, que es un don gratuito del cielo, con el curso inevitable de una descendencia carnal? ¿Qué conexiõn puede haber entre los intereses sensuales, y los incomprendibles Misterios de la Gracia? ¿Por ventura ha sujetado Dios sus eternos designios de misericordia al capricho de las disposiciones humanas? ¿Los talentos propios para un estado están siempre unidos al orden del nacimiento de las familias? ¿El gusto que nos inspira la eleccion viene acaso con el orden del nacimiento? ¿Ha formado la naturaleza el corazon de los hermanos menores mas puro ó proporcionado para cumplir con las santas y sublimes obligaciones del Sacerdocio, que el de sus hermanos? Dios mio, Vos no sois en vuestras elecciones esclavo de las ideas y antojos de los hombres: no sois un Dios de carne y sangre, ni pro-

procedéis en vuestras obras como los hombres.

Pero me direis que es imposible poder colocar en el mundo toda una familia numerosa. ¡Ah! ¿Y es posible, Católicos, que por no dividir vuestros bienes hayais de sacrificar vuestros hijos, y el fruto de vuestras entrañas? Pero direis tambien, que sería cosa lastimosa el verlos afrentar su familia, y seguir un partido poco decente á su nacimiento: ¿Con que vuestros hijos ó han de ser Grandes segun el mundo, ó reprobados en la presencia de Dios? ¿No ha de haber para ellos mas que uno de estos dos destinos? ¿Una fortuna mediana os ha de parecer mas funesta que su eterna desgracia? ¿Serían desgraciados en el mundo; ¿pero os parece nada el que lo sean en la eternidad? La verdadera desgracia consiste en no colocarse cada uno en el estado que le conviene. Pero decís que de este modo se arruinan las casas: os engañais, Católicos, porque de este modo se prosperan; Dios mira con ojos mucho mas favorables aquellas felices familias en que cada uno ocupa el puesto que su Magestad le ha señalado. El Anciano Jacob vé al tiempo de morir la futura grandeza de sus hijos, porque aunque los anuncia diferentes destinos, solo los pronostica los fines de Dios para con ellos: La prosperidad de las casas no siempre estriva en la fortuna, sino en las qualidades y en la virtud de los que las sostienen: *Si el mismo Señor no edifica la casa, en vano trabaja el que se esfuerza á levantarla; (a)* y por eso su decadencia y sus calamidades son como una maldicion que Dios ha unido para siempre al pecado de vuestras vocaciones forzadas; sacrificais los infelices hijos menores á la grandeza del primogenito, y sucede que los excesos le consumen, que muere sin sucesion, y su nombre se acaba con él, y con el Sacerdocio forzado de sus her-

(a) Psalm. 126. v. 5.

manos. ¡Quántas casas ilustres, de que ya no hay memoria, subsistieran aun hoy, si estos sacrificios de la ambicion y del antojo no hubieran arruinado sus cimientos, y sepultado su nombre y su grandeza en sus ruinas! Dexad vuestros hijos en la mano de Dios, Católicos, porque no hay para nosotros estado seguro, ni en orden al mundo, ni en orden á la eternidad, sino aquel en que el mismo Señor nos coloca.

Y este es el tercer principio de nuestros engaños en la eleccion de estado. Este es para nosotros el unico camino de salvacion que Dios nos ha preparado, y asi en su eleccion solamente debemos atender á las utilidades que nos pueden resultar para nuestra salud eterna; esto es, que entre todos los caminos la religion y la razon quieren que escojamos aquel, que atendida las qualidades de nuestras inclinaciones, y de nuestras flaquezas, nos proporcione mas medios para nuestra salvacion.

No quiero decir que sea preciso retirarse á las soledades, huir de los empleos que mantienen la tranquilidad de los pueblos y la felicidad de los Imperios, y negarse á las necesidades del estado, despreciar aquellas públicas profesiones, que son utiles para mantener la sociedad, y de las que se forma su orden y harmonía; huir como un escollo el sagrado lazo del Matrimonio, al que la religion llama santo y digno de honor, con pretexto de que hay estados mas seguros para la salvacion; el silencio, el retiro, y aún la austeridad de los Claustros no siempre son la profesion mas segura para todos los hombres; en ella hallareis mas escollos que en el mundo, si no habeis sido llamados de Dios; la seguridad no consiste en el estado, sino en la vocacion del cielo. Loth permanece fiel en medio de Sodoma, en donde le habia colocado el Señor, para confundir con el exemplo de un justo los desordenes de una ciudad pecaminosa; y cae en la montaña, donde se de-

detuvo contra el orden del Angel que le queria llevar mas adelante. El retiro os servirá de escollo, si no os lleva á él el Espiritu de Dios; y la Corte, de lugar de gracia y santificacion, si os llama á ella el orden del cielo.

Lo que quiero decir es, que siendo el principal negocio el llegar á un termino feliz, sería necedad el dar preferencia al camino que se elige, solamente por ser de mas comodidad y lucimiento, y no por hallarse en él mas socorros y proporciones para concluir con felicidad la carrera. ¿Pues si atendemos á este principio, cuántas vocaciones veremos defectuosas? Y si no, vamos á la raíz: ¿De qué proviene que aquel haya seguido la carrera de la Toga? Porque le pareció que haría mejor fortuna por el camino de la Magistratura, que por el de los empleos Militares: ¿Por qué sigue el otro el camino de las Armas? Porque su nombre y los servicios de sus mayores le permitían el aspirar á todo, y qualquiera otro partido que tomase le dexaría en la obscuridad de una vida privada: ¿Por qué uno compra á costa de todos sus bienes un empleo que le acerca á la persona del Principe? Porque estando á la vista del Soberano se halla mas cerca del origen de las gracias: ¿Quáles son los motivos que tiene el otro para inclinarse al Altar? ¿Qué vá á buscar á la Iglesia; sus tesoros, ó sus funciones; sus honores, ó sus ministerios; el esplendor de el Santuario, ó al Dios que en él se adora? No tiene mas señales de vocacion para un ministerio de humildad, que los fines de elevacion y de gloria; para un ministerio de solicitud y de trabajo, que las esperanzas del descanso y de la pereza; para un ministerio de desinterés, de modestia, y de caridad, que los proyectos de luxo, de profusion, y de abundancia; y como el infiel Eliodoro, solamente vá al Templo porque ha oído decir que en él hallará inmensas rique-

zas, y los santos despojós de los pueblos.

Solamente la avaricia es la que regularmente decide de la variedad de nuestros destinos; porque además de que el espíritu de Dios no puede ser Autor de estos motivos humanos, una eleccion que es obra de la concupiscencia, no puede menos de ser favorable al amor propio; si los fines de fortuna, de elevacion, de deleyte, os han abierto el camino por donde vais, es preciso que en él halleis ocasiones de soberbia, de ambicion, de pereza, y de sensualidad, tanto mas inevitables para vosotros, quanto mas declara vuestra eleccion vuestras desgraciadas inclinaciones á estos vicios; y asi sereis un mundano sensual, un cortesano ambicioso, un soldado impío, un Magistrado injusto, un Ministro corrompido, pues solamente habeis elegido el mundo por sus deleytes, la Corte por el favor, las armas por la libertad, la Toga por los vanos distintivos, y el Altar por los honores y riquezas del Santuario: Dios castigará tambien el desorden de vuestra eleccion, favoreciendo en ella las pasiones que os la inspiraron. Sereis colocados en los primeros Tribunales de Justicia: conseguireis el favor del Principe; sereis distinguidos con todos los honores militares, y ensalzados sobre el trono del Santuario; pero estos favores temporales serán dones que os concederá Dios en su indignacion; y como han sido obra de vuestra concupiscencia, serán tambien instrumentos del mas justo castigo.

Pero si es cierto que no debe un gusto desarreglado decidir de la eleccion de nuestro destino, tambien lo es que tampoco debe decidir de esta eleccion el respeto humano que violenta el gusto, y las mas inocentes y naturales inclinaciones que nacieron con nosotros, y que precisamente son obra del Autor de la naturaleza; ultima causa de nuestro engaño en la eleccion de estado.

Y á la verdad, como de esta eleccion depende todo el sosiego y felicidad de nuestra vida, las condescendencias que violentan el corazon en este asunto son peligrosas; aquellas determinaciones en que tienen mas parte el respeto y el temor de los sujetos de quienes dependemos, que nuestras propias inclinaciones, siempre traen consigo el arrepentimiento y la amargura; todo lo que se determina en este particular sin nuestra inclinacion, y como contra nuestra voluntad, no puede tardar mucho en ser desaprobado por nosotros mismos.

Ahora bien, ¿no es este respeto humano el que preside casi siempre á la decision de nuestro destino, y el que nos fuerza á unas resoluciones que desapruera nuestro corazon? Uno toma el partido de las armas, y sigue un camino de que le apartan mil razones de temperamento, de gusto, de conciencia, y aun de interés, solamente porque siendo de distinguido nacimiento le parece cosa impropia el ceñirse á los cuidados domesticos, y porque el mundo tendria este sosiego por una indigna cobardía. Otro prefiere un peligroso celibato á un matrimonio que le degradaria de su honor en el mundo, y quiere mas exponerse á todas las resultas de su fragilidad, que afrentar su nombre con una alianza desigual. Otro sin tener inclinacion alguna al retiro, se consagra al Señor por pura soberbia, porque no teniendo para mantenerse segun su clase, ni con que establecerse en el mundo, el santo retiro le parece mas honroso á la vista de los hombres, que una fortuna baxa y obscura.

Casi ninguno decide de su suerte segun su corazon; el que es dueño de sí mismo decide de su estado, gobernandose por el temor del mundo, y de sus juicios. En la tierna edad se mira como ley la voluntad de aquellos á quienes se debe la vida: no nos atrevemos á manifestar deseo alguno que se oponga á sus designios;

NI OMO PRO-

procuramos ahogar unas repugnancias, que presto llegarán á ser delitos. Hay algunos padres tan bárbaros é inhumanos, que por elevar uno de sus hijos sobre sus antepasados, y hacerle ídolo de su vanidad, no reparan en sacrificar los demás, y precipitarlos en el abismo; apartan del mundo á unos hijos, que no tienen mas vocacion, ni mas amor al retiro que la autoridad de sus padres; llevan al Altar unas desgraciadas víctimas, que van á él mas para ser sacrificadas á la codicia de sus padres, que á la grandeza del Dios que en él se adora; dán á la Iglesia Ministros, que no son llamados á ella, y que solamente aceptan el santo ministerio como un yugo pesado que se les impone por una injusta ley: Finalmente, con tal que lo que queda en el mundo de una familia luzca, brille, y la haga honor, no les dá cuidado de que las sagradas tinieblas del Santuario oculten los pesares, los disgustos, las lágrimas, y la desesperacion de aquella parte de la misma familia que se presenta á la vista del Señor: ¡oh Dios mio! ¡qué terrible será en el día de vuestras venganzas la presencia de estas desgraciadas víctimas para aquellos padres desnaturalizados! y cómo la desgracia de su suerte solicitará vuestra justicia para que venga su sangre contra los autores de su ser y de su eterna infelicidad! De este modo la imprudencia, el orden del nacimiento, la concupiscencia, y los respetos humanos deciden de la suerte de casi todos los hombres; y de aquí proviene que haya tantos malcontentos en todos los estados, tantos disgustos en los matrimonios, tantas disensiones y tanta division en las familias, tantas murmuraciones y pesares en las Cortes, tanto disgusto en la milicia, tanta violencia, tanto enojo, y tanta amargura en los Claustros. Por eso todos se quejan de su suerte, y envidian la agena; la muger que vive en el mundo tiene por feliz á la Esposa de Jesu-Christo, y esta

no tiene más deseos que de parecerse á la muger del mundo: El Cortesano suspira por el sosiego de una vida privada; y al hombre particular le parece que no hay felicidad como la de la Corte. Por eso, finalmente, nadie es feliz en el mundo, porque casi ninguno se halla en el lugar que le corresponde; pero si entre todas las circunstancias de la vida la eleccion de estado es en la que es mas frecuente el engaño, tambien es en la que este engaño mas debe temerse.

SEGUNDA PARTE.

Entre todas las circunstancias de la vida la eleccion de estado es en la que es mas de temer el engaño, ya se considere por parte de Dios, á quien usurpa sus derechos; ya por parte de las gracias y de los socorros de que nos priva; ó finalmente, por parte de las resultas, casi siempre irreparables, que trae consigo.

Por parte de Dios, á quien usurpa sus derechos: Aunque su Magestad nos ha dado el ser y la libertad, no por eso ha cedido los derechos que tiene sobre su obra. Nosotros no debemos disponer de nosotros mismos; él solo es quien debe emplearnos, segun los fines que se propuso quando nos formó, y quien debe reglar el uso de los talentos que de él hemos recibido. Apenas salió el primer hombre de entre sus manos, quando le aplicó á cultivar aquel lugar de delicias que habia de ser su morada; y con dedicarle á esta ocupacion, parece quiso dar á entender á todos sus descendientes, que á él solo pertenecia el darnos empleo y ocupacion en este Universo en que nos ha colocado.

Pero aun quando su soberanía no le diera este derecho sobre la criatura, por su sabiduría debiera ser el único

co árbitro de nuestro destino; porque conociendo él solo las mas secretas inclinaciones de nuestro corazon, descubriendo ya en los primeros principios de nuestras pasiones todo quanto podemos ser, juzgando de nosotros mismos por las diversas relaciones de vicio, ó de virtud, que tienen los infinitos estados en que puede colocarnos, con las qualidades naturales de nuestra alma, viendo en nosotros mil disposiciones ocultas, que nosotros no conocemos, y que solamente esperan la ocasion para manifestarse, habiendo sido él solo quien sacó de la nada, y quien dió á todas las criaturas aquel orden admirable, y aquel curso harmonioso que no ha podido alterar la duracion de los tiempos, él solo puede preveer cuáles son, en este conjunto tan bien ordenado, las circunstancias del siglo, de la nacion, del país, del nacimiento, de los talentos, del estado, mas favorables á nuestra salvacion, y juntandolas todas, por un efecto de su misericordia, formar como el hilo y sucesion de nuestro destino. Por eso le invocan los Apostoles quando tratan de nombrar sucesor al Discipulo infiel, porque él es quien conoce los corazones: *Vos, Señor, que conoceis los corazones de todos los hombres, le decian, manifestadnos el que habeis elegido.* (a)

A la verdad, Católicos, solo Dios es quien nos conoce, y nosotros no nos conocemos á nosotros mismos. Nuestras inclinaciones nos engañan, nuestras preocupaciones nos arrastran, la confusion de los sentidos hace que nos perdamos de vista; quanto nos rodea nos representa nuestra imagen, ó confusa, ó mudada, y es evidente que nosotros no podemos hacer la eleccion de nuestro estado sin engañarnos, porque no nos

(a) Act. I. v. 24.

conocemos suficientemente para poder decidir cuál es el que nos conviene; nos apartamos de las manos de la soberanía y ciencia divina, queremos ser nuestra guía y nuestra confianza; semejantes al pródigo del Evangelio, obligando al padre de familias á que dexé á nuestra disposición y á nuestro capricho los dones y talentos, cuyo uso quería arreglar él mismo, rompemos todos los lazos de dependencia con que aun estamos unidos á él; y así en vez de vivir baxo la protección de su brazo, nos dexa andar extraviados, lejos de su presencia, siguiendo el impulso de nuestras pasiones en regiones estrañas.

Segunda razon: Si es tan de temer el engaño en la elección de estado, es principalmente por razon de las gracias y socorros de que nos priva. Sí, Católicos, así como son distintos los ministerios en el cuerpo de Jesu-Christo, lo son también los dones y las gracias. Como en todos los estados hay sus peligros y sus dificultades particulares, en todos se necesita de particulares socorros para vencer estos obstáculos, y evitar estos peligros: En los tesoros de la divina misericordia hay, por decirlo así, gracias de magistratura, de Sacerdocio, de mando militar, de padre de familias, de hombre de Republica, y de persona privada; gracias de matrimonio, de celibato, de corte, y de retiro; y como Dios nunca intenta el fin sin disponer antes los medios para conseguirle, al mismo tiempo que en sus eternos decretos señaló á cada uno de nosotros el estado en que quería que obrasemos nuestra salud eterna, vinculó á esta elección los socorros propios y singulares con que pudiesemos cumplir sus obligaciones.

Pero, Católicos, para participar de las gracias de un estado es necesario que Dios nos haya llamado á él; si sois vosotros mismos los que os habeis colocado en él, vosotros debeis buscar los medios para manteneros: Si el Señor no os preparó el camino en que ha-

habeis entrado, tampoco os alargará su mano misericordiosa, y tendreis que caminar solos por él. El Señor no ha de mudar por nosotros el orden inmutable de sus eternos consejos; vosotros os habeis apartado del plan de su providencia, y no ha de retractar la inmutabilidad de sus designios por acomodarse á vuestro antojo, sino que os entregará á vuestra propia desgracia. Vosotros no habeis elegido el estado y ministerio que os destinaba en el cuerpo mystico de su hijo, y así tampoco os mirará sino como un miembro monstruoso, que está fuera de su lugar, y no es capaz de recibir el influxo y el espíritu que anima á lo restante del cuerpo.

Por eso el Señor en sus misericordiosos fines para con vosotros os habia preparado gracias de retiro, de mortificación, de castidad, y de silencio; quería santificaros en lo interior de su Santuario, lejos del mundo y de sus peligros; habia determinado uniros á sí con sagrados lazos, y haceros llevar su yugo desde vuestra tierna edad; también os habia dotado de felices inclinaciones, las cuales parece os manifestaban desde lejos el camino que el Señor os preparaba, de una alma sencilla y tímida, de un espíritu pacífico y naturalmente apartado de las continuas inquietudes que pide la vida del mundo, de unos secretos y continuos deseos de consagraros á él; y no obstante todos estos atractivos, y todas estas felices señales en que parecian estar escritos los fines de Dios para con vosotros con unos caracteres tan claros, os pusisteis baxo un yugo diferente. ¡Ah! la santidad del lecho conyugal os servirá de ocasion de luxuria y de incontinencia; violareis la fé de un Sacramento tan respetable; vuestros hijos hallarán en vosotros el modelo de sus desordenes: el mundo, para el que no fuisteis llamados, os engañará; los peligros en que no os puso la divina providencia serán para vosotros ocasion inevitable de caída; todo servirá de tenta-

tacion ó escollo á vuestra flaqueza; los más inocentes placeres mancharán vuestro corazón, los objetos más indiferentes serán funestos para vuestra inocencia, las obligaciones más fáciles hallarán en vosotros repugnancias invencibles, inficionareis todas las cosas con el mal uso que hareis de ellas, y en lo mismo en que vuestros próximos, á quienes el Señor ha colocado en ese estado, hallan seguridad, hallareis vosotros un triste naufragio. Por eso tragó el mar en otro tiempo á un Profeta infiel, no obstante el socorro de un navio, y la habilidad de los Pilotos, porque habia entrado en él contra la voluntad de Dios, y respetó las pisadas del Principe de los Apostoles, á quien mandó el Señor que caminase sobre las olas, y se acercase á él. Todo es peligroso para el que no tiene por guía al Señor, y el mismo peligro es seguridad para los que siguen sus caminos.

Pero por otra parte; queria el Señor que trabajaseis para vuestra eterna salud en el estado de simple fiel, os habia preparado las gracias de este estado, y este era el camino que os habia de guiar hasta el termino feliz; las mismas disoluciones de vuestra primera edad, las vivas inclinaciones á la fama y á la ambicion, un corazón demasadamente aficionado á los deleytes, todo esto daba bastantemente á entender que un ministerio de trabajo, de modestia, de pureza angelica, de oracion, y de estudio, no era el estado que os convenia: Con todo eso usurpasteis este honor divino, os colocasteis vosotros mismos en el lugar santo, llegasteis ayudados de los favores humanos, adonde solamente debiera haberos ensalzado la gracia, os abristeis con vuestra ambicion la puerta de la casa del Señor, que solamente está abierta á la humildad y á la inocencia, alcanzasteis con importunidades una dignidad que solamente se merece huyendo de ella, ¿y qué habeis hecho más que formaros de todos vuestros ministerios otros tantos escollos? El

Con-

Confesonario será el lazo de vuestra inocencia; el Púlpito el teatro de vuestra soberbia; el Altar el lugar de vuestros delitos; el Patrimonio de los Pobres ocasion de vuestras profusiones y desórdenes; la familiaridad con las cosas santas, la raíz de vuestra impiedad y obstinacion. Si sois Pastor, sereis un Mercenario; si os hallais elevado sobre el Trono Sacerdotal, sereis un hombre de pecado, sentado en el Templo de Dios, ¿y de qué provienen todas estas desgracias? de que siendo vuestra vocacion obra del hombre, no podeis executar en ella la obra del Señor; poseeis el dón de Dios injustamente, y así es preciso que le profaneis; deshonorais el Santuario al mismo tiempo que le gobernais, porque le manchasteis al entrar en él; no sois medianeros entre Dios y los hombres, entre la tierra y el cielo, sino anathema del cielo, y escandalo de la tierra.

¡Ah! Católicos, si todos los dias perecen tantas almas, no obstante las gracias vinculadas á su estado; si el pérfido discipulo se hace prevaricador, y cae de la gracia y ministerio del Apostolado á que le habia llamado Jesu-Christo: Si Salomón declarado Rey por la voluntad del Señor, y con unas señales tan ciertas y singulares de su proteccion y amparo, halla en los peligros del reynado escollos en que su flaqueza halla su entera ruina, ¿quál podrá ser el destino de aquellos, que privados de estos socorros están expuestos á los mismos peligros? Si la flaqueza del hombre muchas veces no se puede mantener aun en los caminos por donde la guia la mano de Dios, ¿caerá acaso menos veces quando camine sola?

¡Y despues de esto nos admiramos, Católicos, de que hayan degenerado tanto las costumbres de los Christianos! Solemos preguntar ¿de qué proviene que nuestros siglos sean tan diferentes de los de nuestros Padres; que todos los estados hayan corrompido sus caminos; que la Magistratura no sea más que una honrosa ocio-

sidad, ó un arte de hacer servir las leyes á despojar á los pueblos en cuyo favor se hicieron; que el camino de las armas no sea mas que una profesion declarada de irreligion y libertad; que la Corte sea el teatro de todas las pasiones; que todas las artes inventadas para las necesidades y alivio del público solo estén destinadas al luxo y á la pública libertad; que el Arte de las Artes, el honor del Santuario, casi no es mas que un vergonzoso tráfico de ambicion y de codicia; que el contagio no haya perdonado aun á aquellos santos y religiosos asilos levantados entre nosotros; y que aun en estas casas de retiro, de oracion, y de austeridad, en donde parece que habia de hallar el Señor aquella fé que no se halla en lo restante de la tierra, reyne algunas veces el espiritu del mundo, mas que en el mismo mundo? Nos admiramos, vuelvo á decir, y los Justos que hay aun entre nosotros gimen continuamente en presencia del Señor, y le preguntan con dolor, ¿de qué proviene que haya abandonado á su pueblo?

Pero es muy facil hallar la razon; todo está corrompido porque casi nadie ocupa el lugar que le corresponde. Por eso el Magistrado que se ha hecho árbitro de las pasiones humanas, sin aquellas gracias de luz, de integridad, de firmeza, y de zelo por el bien público, que son tan necesarias para cumplir con sus funciones, no es mas que una fantasma revestida con unas insignias de justicia y dignidad, que se mueve á todos vientos, y que casi dá tantas caídas como pasos: Por eso el Cortesano, dedicado á una vida sensual, ambiciosa, disimulada, llena de deleytes, y privado de aquella rectitud de corazón, de aquel temor de Dios, de aquella viva persuasion de las verdades eternas que conservó puras y sin mancha á los Danieles, y á las Estheres en medio de una Corte infiel, viene muy presto á ser el triste juguete de todos los antojos humanos, y no conoce mas dueño que un dueño mortal, ni mas di-

vinidad que la fortuna: Por eso el soldado, cercado de todos los peligros de su estado, sin el socorro de aquella prudencia, y de aquella valerosa fé que bastó para santificar á los Josues, á los Gedeones, á los Davides, y á todos los Conquistadores Christianos en medio de la licencia de las armas, no puede defenderse mucho tiempo contra los desórdenes, cuyas disposiciones tiene ya en su corazon: Por eso el Ministro de Jesu-Christo, destinado á ser sal de la tierra, y á curar la corrupcion de los pueblos, se inficiona él mismo, porque no ha recibido aquella virtud Sacerdotal que todo lo santifica, y á la que nada puede manchar: Por eso finalmente, el Solitario, ó la Virgen consagrada á Jesu-Christo, habiéndose echado sobre sí una pesada carga, sin haber recibido aquella gracia que la aligera, llevan sin fervor, y aun murmurando, el yugo, en vez de llevarle con alegría; dan al mundo un corazon que nunca habian entregado del todo al Señor; ocultan baxo unas exterioridades de mortificacion mil profanos deseos; hallan en el silencio del retiro las peligrosas imagenes de los placeres, mucho mas temibles para el corazon que los mismos placeres; aman lo que ya no pueden poseer; caen, aun estando lejos de los peligros, y de un lugar de seguridad hacen ocasion de ruina.

Esta es, Católicos, la raíz de la depravacion de todos los estados, la falta de vocacion, ¿y qué conseqüencias tan irremediabiles no tiene este desorden, y esta falta de vocacion? Ultima razon porque es tan temible el engaño en la eleccion de estado. No quiero detenerme en deciros, que no hallandoos en el camino que os debe guiar á la salvacion, quanto mas andais por él, mas os descaminais, y nunca podreis conseguirla; tampoco quiero deciros, que la falta de vocacion es una de aquellas culpas acerca de las quales casi nunca sentimos remordimientos, que en vez de reparar esta falta, entre tantas personas como todos los dias se vé que hacen eleccio-

nes temerarias, no se vé ni una que haga escrupulo en este particular; pero os pregunto, ¿conoceis las irreparables resultas de una vocacion ilegítima? Si sois hombre de República, ¿conoceis lo mal que empleais vuestra autoridad, todos los males que haceis, y los bienes que dexais de hacer? Los pueblos hubieran sido defendidos y edificados por otro á quien el Señor hubiera puesto en vuestro lugar, y se hallan oprimidos y escandalizados baxo vuestro ministerio; se hallan autorizados los abusos, y despreciados los proyectos utiles; ved si podreis reparar estos desórdenes, que ni aun podeis conocer, y los que acaso perpetuará vuestro mal exemplo hasta la última edad de la Monarquía.

Si os entrometisteis en el lugar santo, las instrucciones serán ó inútiles, ó despreciables por vuestro mal exemplo; las leyes quedarán sin fuerza y sin vigor por el abandono y transgresiones del Legislador; los Ministros serán autorizados en sus prevaricaciones por la infidelidad del Pastor principal; los pecadores se confirmarán en la culpa; los flacos se hallarán sin socorros; los Justos sin consuelo; los Sacramentos sin fruto; las oraciones de la Iglesia sin eficacia; y el ministerio sin respeto y sin dignidad; todas las fuentes de la gracia estarán cerradas para los fieles, por la corrupcion de aquellos que habian de ser los sagrados canales por donde corriesen; se perderán muchas almas, que en la piedad y zelo de un Ministro fiel hubieran hallado la gracia y la salvacion; registrad este abismo, y ved si podeis hallar remedio para estos males.

Si habeis entrado en una casa de religion, vuestras costumbres sirven de modelo de relajacion á la piedad de vuestros hermanos con vuestro mal exemplo; haceis vacilar su vocacion con los disgustos que los ocasionais; haceis que se rebele su docilidad con vuestras murmuraciones; introducís en el lugar santo las máximas del mundo con vuestras conversaciones; y aun des-

pues

pues de vuestra muerte perpetuais la tibieza y el desorden con sola la memoria de vuestra vida.

Ved ahí, Católicos, vosotros que inspirais á vuestros hijos desgraciados vocaciones injustas, ved las funestas consequencias, y los infinitos delitos de que este solo pecado os hace culpables en la presencia de Dios. Bien podreis reparar vuestros impuros deleytes castigando vuestra carne; vuestras injusticias con liberalidades; vuestros escandalos con exemplos de virtud; vuestros odios y venganzas con obras de caridad y de misericordia. Pero aunque derrameis torrentes de lágrimas, nunca podreis satisfacer á Jesu-Christo por la pérdida de una infinidad de almas, que habrán encontrado el escollo para su salvacion en el desorden, en la ignorancia, en la falta de talento de un Ministro á quien vuestra codicia, y no la vocacion del cielo, habia elevado á las primeras Dignidades de la Iglesia. Aunque distribuyais entre los pobres todos vuestros bienes, ¿podreis nunca recompensar los males que hará en la casa de Dios una Virgen loca y mundana, á la que unicamente puso vuestra autoridad por cabeza de las Esposas de Jesu-Christo? Esta introducirá relajaciones, engañará á las almas, aniquilará las gracias, impedirá el que se hagan muchos bienes, introducirá muchas pasiones, pondrá unos obstáculos perpetuos á la renovacion del espíritu primitivo, y á la reforma de las santas reglas. ¡Ah! Vuestro arrepentimiento y vuestras lágrimas nunca borrarán las culpas que no pueden reparar; ó por hablar con mas propiedad, nunca os arrepentireis, y nunca se os concederán las lágrimas para llorarlas.

Pero si los efectos de este engaño son irreparables, amados oyentes míos, respecto de los padres ambiciosos que os los inspiraron, no lo son menos respecto de vosotros que os dexais engañar: Porque aun dado caso que os arrepintais, ¿qué remedio se os puede señalar? ¿Qué medidas podreis tomar? ¿si estais reves-

ti-

tidos de una dignidad santa, habeis de manifestar vuestra ignominia, despojandoos de ella? ¿habeis de disimular la ignominia de la Iglesia, permaneciendo en ella? ¿se os ha de arrancar del Altar, en donde os habeis presentado delante de toda la congregacion de los fieles? ¿se os ha de dexar en él contra el orden de Dios que no os admite? Y por otra parte, ¿será bastantemente heroico vuestro arrepentimiento, para que os mueva á despojaros de esta pompa, y para que llegueis á unos términos tan extraordinarios, sin los que no obstante es imposible que consigais vuestra eterna salud? ¿Habeis contraído unos empeños, ó de matrimonio, ó de religion, de los que no está en vuestra mano el apartaros, y así para conseguir la salvacion estais como obligados á un imposible; pero por otra parte, ¿os salvaréis en un estado, que no siendo el que os corresponde, no puede ser el camino de vuestra salvacion.

¡Oh Dios mio! Vos que teneis en vuestras manos las suertes de los hombres, ¿qué nuevos remedios pueden quedar á vuestra gracia para estas almas infelices? ¿Podreis acaso estorvar el que perezcan? Sí, Católicos: Es verdad de fé que qualquiera que sea la situacion de la criatura, su suerte nunca es desesperada en la tierra, y no hay estado en que no sea posible la penitencia. El Señor no está de tal modo sujeto á las leyes de su justicia, que no pueda templar su rigor con un exceso de su misericordia; y aunque la ley declaraba reos de muerte á los que entraban en el aposento de Asuero sin ser llamados, aun quedaba recurso á los temerarios que la violaban, y el gran Rey podia alargarlos el cetro de su bondad y clemencia. ¡Pero qué raras eran estas gracias! Solamente Esthér fue favorecida con ellas; ¡y qué dignos somos de lástima, si estando condenados á perecer por la ley comun, se reduce toda la esperanza de nuestra salvacion á la incertidumbre de una excepcion, de la que apenas se halla un exemplar en un siglo.

No

No es mi intento infundir vanos temores en las conciencias; la verdad solamente asusta para instruir y consolar. Por eso, amados oyentes míos, si todavía no habeis hecho esta importante eleccion, evitad los escollos, orad mucho, consultad vuestros talentos, vuestras inclinaciones, vuestras fuerzas, vuestras flaquezas y los intereses de vuestra salvacion; desterrad todos los fines humanos; disponeos para la gracia de una buena eleccion con la inocencia de vuestra vida; poned en esto toda vuestra atencion, y haced que el Señor se interese en vuestra suerte, de tal modo que nunca la dexé en vuestras manos; si ya habeis hecho la eleccion, y dudais de si han tenido en ella mas parte los motivos humanos que los fines de la gracia, haced cierta vuestra vocacion con vuestras buenas obras, considerad que la fidelidad á las obligaciones de vuestro estado es la mas segura señal de que habeis sido llamados á él; poned el remedio que podeis por vuestra parte, y aprovechaos de los remordimientos; mudad la peligrosa tibieza en que vivís en una santa diligencia; la vida absolutamente natural que haceis en una vida de fé: las negligencias culpables en rigurosos cuidados; el desprecio de vuestras obligaciones en una fidelidad, que os haga respetar todo lo que debéis amar, y nunca esteis tranquilos acerca de la verdad de vuestra vocacion, hasta que cumplais con todas sus obligaciones.

Pero si fuere cierto que el Señor no ha tenido parte en vuestra eleccion: de estado; si la imprudencia, el respeto humano, y las pasiones son las que os han formado el estado en que vivís, confieso que vuestra suerte es digna de lástima, pero no por eso es desesperada; es verdad que estais lejos del reyno de los cielos, pero aun podeis aspirar á él; mientras nos hallamos en estado de podernos arrepentir, podemos esperar; Dios puede conceder al dolor de una eleccion in-

jus-

justa las mismas gracias que hubiera concedido á la legitima. Es verdad que exteriormente no estais en el estado que Dios quiere, pero siempre está el corazón en este estado, quando se vuelve á su Magestad; ocupais un lugar que no os habia señalado el Señor, pero una fé viva, un amor fervoroso, un arrepentimiento sincero santifican todos los estados; y si amamos y servimos á Dios, siempre estamos en nuestro propio estado. Os habeis expuesto contra su orden á un mar borrascoso, como el Profeta Jonás; habeis caído como él en lo profundo del abismo, pero aun hay remedio; clamad como él al Señor, quando se vió sepultado en el vientre del monstruo, y decidle: Señor, aunque con una eleccion injusta me he apartado de vuestra mano adorable, que debia conducirme, clamo á Vos desde lo profundo del abismo que me habeis abierto para que me trague: *De ventre inferi clamavi* (a). Es verdad que no hay cosa que pueda igualar al extremo peligro en que me hallo; un monstruo formidable me tiene cautivo, y me cerca por todas partes. *Abyssus vallavit me*; la profundidad de las aguas, como la de mis delitos, se ha levantado sobre mi cabeza: *Pelagus operuit caput meum*. Parece que la tierra ha formado nuevos abismos para aprisionarme eternamente: *Terra vedes concluderunt me*. Con todo eso, ¡oh Dios de mis Padres! Vos que los llevasteis sobre vuestras alas, atravesando las olas del mar, atended á que por mas desesperada que parezca mi suerte, no dexo por eso de esperar en Vos; Vos podreis sacarme, quando gustareis, de la profundidad en que me he precipitado. El abismo oye nuestra voz; y luego que le mandeis que me arroje de sí, me pondrá en vuestras manos; para Vos no es mas difícil el librarme de lo profun-

(a) *Jon. 2. v. 3. & seq.*

fundo de la corrupcion en que me hallo, que si estuviera dentro del recinto de Jerusalén. *Et sublimabis de corruptione animam meam, Domine Deus meus*. Sí, gran Dios, no obstante lo peligroso de este estado, que parece me priva de toda esperanza de salir de él, espero que he de tener el consuelo de volver á vuestro santo Templo, ofreceros en él mis agradecimientos, y aplacaros, mezclando con la sangre de las víctimas las lágrimas de un sincero arrepentimiento: *Veruntamen rursus videbo Templum sanctum tuum*. ¡Ah, Señor! Que los que despues de haberse apartado de Vos se obstinan en huir de vuestra presencia, y que de la soberbia desesperacion del exceso de su miseria forman razones para no desear su libertad, que estos sean abandonados de vuestra misericordia, pues la abandonan ellos mismos, parece justo: *Qui custodiunt vanitates frustra, misericordiam suam derelinquunt*. Pero yo, Señor, que por mas funestas que sean las tinieblas de la muerte en que vivo sepultado, siempre esperaré mientras me permitais invocaros: *Ego autem in voce laudis immolabo tibi* (a). Mereis que soy mucho mas fiel que antes en seguir vuestros santos caminos; si vuestra misericordiosa mano me saca del peligro, jamás retrataré las promesas que en este lugar de horror os hace mi alma, penetrada de arrepentimiento: *Quaecumque vovi reddam pro salute Domini*. Y lo restante de mi vida no será mas que un amargo pesar de haberos ofendido, y de haberme apartado de vuestras ordenes, y un continuo cuidado de merecer con la exácta observancia de vuestros preceptos la recompensa que prometéis á vuestros siervos fieles. Amen.

conciencia de un monstruo de iniquidad
Oídlo, Señores, los que os deturbaís á que
una vida sencilla y pacífica, en la que nada se con-

(a) *Ibid. & seq.*